

FERNANDO MOLERO CAMPOS

Por un vello de tu pubis



Por un vello de tu pubis

Fernando Molero Campos

Este relato ha obtenido el Segundo Premio en el III Certamen de Relatos "Literatura y Biblioteca", convocado con motivo del Día de la Biblioteca, el 24 de octubre de 2016, por la Dirección General de Patrimonio Cultural de la Comunidad de Madrid.

Los libros y el amor siempre se han llevado bien. Huelen parecido el papel al pasar las hojas y los cuerpos de quienes se saben enamorados. La caricia de nuestras huellas dactilares, invisibles en la piel y en la página, son rastros que perduran indelebles en la inmensidad del tiempo. El amor, a veces, encuentra cobijo en los libros, y los libros, en ocasiones, nos predisponen para el amor. Las palabras importan a ambos. Sin ellas no pasan de mero objeto decorativo, sentimiento vano fugaz igual que fuego de artificio o beso que se da al aire en mejilla ajena. Si los unimos ambos en un único impulso, se transforman en la fuerza motriz superior de nuestros actos. Uno y otros pueden reescribir nuestras particulares historias. Bien lo sé yo.

¿Qué llevó a un vello púbico del desfiladero inmortal de tus ingles a las páginas 36-37 de aquel libro de poemas eróticos en el que se leía:

Quien ha amado tanto y ha escrito tanto y ha visto tanto y ha follado tanto / sólo puede decir de sí mismo, parafraseando a San Agustín, / que aquel que no conoce el amor no se conoce a sí mismo?

¿Por qué escribiste en aquel trozo de papel, desecho impreso con una fecha en su margen inferior derecho, aquellos versos que supuse tuyos, nacidos de ti y lanzados al océano silencioso de la biblioteca tal que el pescador su lombriz prendida al anzuelo con el deseo de capturar un siluro, una perca, un barbo o una trucha?

Bésame y sabrás a qué saben / los peces de colores / que mueren de amor / entre el vaivén perpetuo de las algas / y la concupiscencia de los corales, decías.

Y debajo, el comentario: Premio Gil de Biedma. Visor. Jurado muy facha.

No pude menos que sonreír y, de alguna manera extraña, querer conocerte, enamorarme.

Desde ese día, monté guardia y te busqué entre los usuarios de la biblioteca, con aquel vello y aquellos versos guardados muy cerca del corazón como prueba única de tu existencia.

Era el vello pequeño, rizado y oscuro, con volátiles iridiscencias violáceas si se lo contemplaba a la luz agónica de un flexo en una habitación cerrada, o rojizas si se lo ponía al sol tras el cristal de una ventana. En mi cabeza forjé tu retrato. Debías tener el pelo ensortijado, los ojos negros, la barbilla pequeña, la piel ligeramente bronceada, desparpajo en tus maneras y el verbo fácil en los labios.

Sentado en las butacas del hall de la biblioteca, muy cerca de los ordenadores de búsqueda y del mostrador de préstamos y devoluciones, me pasaba las horas muertas simulando leer la prensa diaria, revistas culturales o algún libro de poesía o cuentos. No tenía nada mejor que hacer salvo esperarte. Me sentía como el cazador que en su puesto, solitario en mitad del bosque, oculto quizá tras la maleza, armado de paciencia y rifle en mano, otea el paisaje en busca de su presa.

La adolescente pegada al móvil que ríe por nada y llora por todo, la carpeta tapizada de fotos de One Direction, Justin Bieber o Abraham Mateo, entre las manos un volumen de *Crepúsculo* o una novela de Laura Gallego, no.

La señora que lee *Cincuenta sombras de Grey* y anhela un impulso erótico a su vida, unas esposas atadas al cabecero de la cama y una venda de seda cubriendo sus ojos, el mimo vibrante de una fusta de cuero sobre la piel a cambio de una cena en Chef Martin y un vuelo en helicóptero por el cielo nocturno de Nueva York o Seattle, o en su prosaica versión marital unos azotes en el culo con la mano callosa del marido, la oferta de una pizza familiar pedida por teléfono y el amor rememorado en el asiento trasero de un Ford Fiesta o un Peugeot 205 de segunda mano, no.

La muchacha tímida con gafas de alambre y cristales de miope, que mira a derecha e izquierda asustada por el mundo y sus lobos, la cabeza gacha y la incertidumbre en los ojos, bajo el brazo un catálogo de apuntes de matemáticas, física y reacciones químicas semioculto por una obra de Dan Brown (como Daniel Marrón no se comería un roscón en nuestro país) o *Los pilares de la Tierra*, volúmenes voluminosos que demandan el castigo del arrodillamiento y los brazos en cruz, de entrada, no.

La belleza estirada, perfecta en sus pantalones ajustados y la caída de su cabello lacio y bien planchado, que prepara oposiciones para funcionariado de auxiliar administrativa y no tendría problema para convertirse en la primorosa secretaria de un político sin demasiados escrúpulos o un hombre de negocios que sabría halagar al dictado sus dones, y saca libros y libros de pruebas psicotécnicas, no.

El tiempo, en su doble disfraz de verdugo cronológico, detenía a ratos los relojes, suspendía su discurrir y me encenagaba el alma, sin piedad; a ratos, de improviso, pisaba el acelerador y volaba por la autopista de mi cerebro, recordándome una y otra vez cuánta razón había en las teorías de Henry Bergson.

Y entonces te vi. Tenías que ser tú. Tal y como te había imaginado. Disimuladamente me acerqué al mostrador y vi que sacabas *El amanecer de todos los amaneceres*, el poemario con el que la gran Elia Zaranda había ganado la XXXVI Edición del Premio Rabanne de Poesía, prestigioso tanto por la *calidad* de su jurado cuanto por la generosa dotación económica con que una Diputación contribuía al progreso cultural de la ciudadanía.

Las ondas de tu cabello eran olas en un mar domeñado por el agua y el peine. Poseías el don de sonreír con los ojos y unos labios hechos exclusivamente para los besos y la palabra, los dientes pequeños. Me hice el encontradizo. Hermoso libro, dije. A continuación recité con naturalidad algunos versos: *Y tú, muchacha en bicicleta, / ajena al mundo que te rodea, / ruedas feliz hacia la playa. ¿Te gusta la poesía?*, me preguntaste. Tentado estuve de responderte, poesía eres tú, pero me contuve, y sólo dije sí. Hablamos un poco de nuestras preferencias y gustos; quedamos para tomar algo; nos vimos varias veces; comprobé tus lagunas y tú descubriste la ruta de mis lecturas desde los clásicos hasta el caos de nuestros días; intercambiamos miradas de arrobo, mimos, caricias ropa mediante y besos con lengua; y, finalmente, al cabo de las urgencias de la carne y mi deseo por descubrir si aquel vello que tan celoso guardaba había formado parte de ti un día, nos fuimos a la cama.

Nos desnudamos despacio, sin prisa, saboreando la demora. Tú viste, más allá de la poesía, el mástil enhiesto de mi velero; yo, más allá de mis ojos,

la frondosidad acogedora de tu puerto. Suspendimos en amor hasta tres veces. Y en un gesto no exento de devoción te pedí el regalo de un vello de tu pubis. Accediste tal que una chica de vida alegre en el tálamo de un conde perverso, sin preguntar por qué ni para qué.

Contemplado más tarde al trasluz de un rayo de sol y al filo de una bombilla, descubrí, perplejo, frustrado, triste y abatido, que aquel mínimo pelo no coincidía con el que ya tenía. Era distinto. Ligeras variantes, sí. Imperceptibles quizá para una mirada ramplona no acostumbrada a la belleza, pero no para mí. No me quedó más remedio que confesarle que lo nuestro era un imposible que debía terminar allí mismo, que yo buscaba otra cosa. Las lágrimas son amargas cuando es el desamor quien las hace brotar.

Y seguí buscando. Y continué esperando. Los sillones del hall de la biblioteca volvieron a ser de nuevo mi casa. Mis ojos y mis oídos eran un radar y una antena en permanente estado de alerta. Registraba rostros, andares, maneras, préstamos y devoluciones, conversaciones intrascendentes que tenían lugar en aquel espacio público. Obtuve premio a tanta paciencia. Clara charlaba con una amiga junto a uno de los ordenadores. Le gustaba la poesía, según pude deducir de los nombres que salieron de su boca. Me coloqué en el monitor contiguo, le pedí disculpas por haber oído sus palabras y me permití aconsejarle el libro de Alonso Grandía titulado *Conficciones íntimas*. Su amiga se excusó y dijo que se tenía que marchar, nosotros nos quedamos hablando de títulos, autores y versos. Me hizo caso. Abrió el libro por una página al azar y leyó: *El coño de Nora Barnacle es un gato negro a la entrada de un túnel, / estación húmeda en cuyo andén / muere lánguida tras la lluvia la virilidad de los muertos.*

Un poco atrevido, ¿no?, dijo. Pero me gusta. La vida misma. Son poemas ficcionalizados de cartas reales que algunos escritores enviaron a sus amadas, a sus mujeres o a sus amantes. En el ligero rubor de tus mejillas y el brillo de tus pupilas supe que tenías que ser tú. Te abriste a mí para confesarme que habías presentado un poemario sobre el alma de los objetos y su relación con el crecimiento personal desde la infancia hasta la juventud al certamen con que un ayuntamiento de provincias homenajeara a los hermanos

Machado. Manifesté mi deseo de leerlo o, mejor, de que fueras tú misma quien me lo leyera; quería escucharlo de tus propios labios, al ser posible entre tus piernas, para certificar que el vello que atesoraba te pertenecía.

Me invitaste al piso que compartías con unas amigas. *Casualmente* todas habían salido. Estábamos solos y lo teníamos todo para nosotros. En el bolsillo interior de la cazadora, en un pequeño cilindro de cristal con un taponcito de corcho, guardaba el vello. Las cervezas las aderezamos con unos aperitivos que tú misma preparaste y con aquel poema que comenzaba:

Dicen que vengo de hacer la travesía del desierto / a lomos de un espejismo de sal.

Te dije que era precioso por no herirte, pero la verdad es que no me interesó demasiado. Sí lo hicieron tu cuello y el lóbulo de tu oreja izquierda. A ellos me lancé después de retirarte un díscolo mechón de cabello sobre tu frente. Sabías a oasis y palmera, a agua de coco abierto con un machete en una playa paradisiaca. ¡Ah!, gemiste cerrando los ojos. El corazón rompió su freno y pasamos de los besos a las manos. Mis dedos se abrieron paso a través de botones y cremalleras, del corchete del sujetador y el elástico de tus braguitas, hasta que... ¡Maldición!, grité retirando mi mano del ángulo aterciopelado de tus ingles. ¿Qué pasa?, preguntaste. Nada. Como no daba crédito terminé de sacarte los pantalones y la mínima expresión de tu ropa interior para constatar que la información transmitida por las yemas de mis dedos era cierta. Donde debiera haber un jardín florido, una selva o el lomo de un gatito había un desierto, un erial, un bosque arrasado, una calvicie inguinal fruto de la moda y la alopecia de sus depilaciones. ¿No te gusta?, dijiste. No, no es eso. Me tengo que ir, mentí recogiendo velas. Antes te enseñé el vello y te pregunté si era tuyo. Como respuesta obtuve tu desprecio y un lárgate de aquí, asqueroso, depravado.

No volví a verla. Ni ganas que tenía. Hubo otras, es cierto, pero ninguna eras tú. El cabello teñido de una muchacha encantadora que adoraba la poesía de Elías Tomé y repetía incansable aquella estrofa maravillosa de su poema *El amor de los tuberculosos* que decía: *Evoco los días de Clavadel en que teníamos sólo 17 años / y éramos nube en las alturas, viento en los ojos, / un*

atlas de toses, esputos y fiebre a mayor gloria / de nuestra palidez, hermosos trofeos sacrificados/ en el altar del bacilo de Koch., me despistó en una ocasión. A otras las rechacé incluso antes de intimar con ellas, pues su mojigatería o su presencia difería mucho de la imagen que en mi mente debía poseer la dueña de aquel vello que languidecía en el cristal, solitario como la rosa cuyos pétalos al caer alejaban a la Bestia del príncipe hermoso que fue un día, antes de quedar atrapado en aquella maldición a la espera del amor verdadero.

Y, sin embargo, cuando estaba a punto de arrojar la toalla, un giro del destino vino a zarandear los cimientos de todo cuanto creía saber sobre mí, sobre los hombres o el amor. Si me llamaste, no te oí. Si de alguna manera me convocaste, allí fui, a tu encuentro, sin saber que eras tú a quien todo este tiempo había esperado inútilmente en el hall de la biblioteca.

La piel oscura, el cabello rizado, negros los ojos, delicadas las manos y un aura de no ser de este mundo. Así te hubiera retratado un pintor renacentista. Aunque en ese momento declarabas tu humanidad cumpliendo con la esclavitud del cuerpo y sus evacuaciones.

Sí. Fue en el servicio. La urgencia de una micción demorada por contemplar la posibilidad de una señorita que finalmente se declaró admiradora de Patricio Donnaire, un autor al que detestaba casi tanto como a los pergeñadores de sonetos en estos tiempos convulsos de la posmodernidad, hizo que te encontrara. Empujé la puerta con vehemencia y me desabotoné el pantalón con dedos céleres antes de colocarme frente al urinario. Suspiré de alivio. ¡Qué descanso! Ni siquiera fui consciente del sonido del chorro contra la loza. Pero sí de que me miraste un instante. Entonces, igual que si hubiera despertado de súbito de un sueño, observé los libros que habías dejado encima del mingitorio. Allí estaban el *Extraño en el laberinto* de Pablo Jiménez, *El amor, ese camaleón*, de Lourdes Ocaso y el simpático disparate de Odiseo Fernández Miranda titulado *La tienda en casa*. En una panorámica inesperada, mis ojos descendieron hasta esa geometría que conformaban tus brazos junto a tus caderas. Lo que entreví me descolocó. Un brillo. Una forma. Un color. Un grito negro en tu pubis. Un vello tuyo cayó como una mariposa herida en el filo

de la porcelana. Tiraste de la cadena, cogiste los libros y te dispusiste a marcharte. Ni siquiera te lavaste las manos: un detalle que, en contra de lo que demandan estos tiempos limpios, me gustó. Adiós, dijiste con una dulzura hecha voz. Atenazada la garganta apenas alcancé a corresponderte. Luego, cuando saliste, tomé un trozo de papel higiénico y haciendo pinza con los dedos rescaté el vello. Frente al espejo del baño, a la luz turbia de un fluorescente, comprobé que tenía aquellas iridiscencias violáceas que tan bien conocía. Salí corriendo a la calle tras tus pasos. Lo elevé al sol y vi su brillo rojizo. No había duda alguna. Eras tú el dueño de aquel vello que había sido mi desvelo durante tantísimo tiempo.

Los versos de Clarisabel Gallardo me fueron dictados desde algún lugar de mi memoria.

No podrán con la belleza los recaudadores / de impuestos, la rapiña / de togas y pelucas de talco y alcanfor, / que levantan un dedo, / golpean el mazo sobre la hez de la conciencia / y cifran en el gesto el mandato y la condena / de su autoridad impúdica.

Te seguí en la distancia. Quizá inesperadamente enamorado. Ahora que te había encontrado no estaba dispuesto a perderte en una esquina cualquiera. Mucho menos por una cuestión tan tonta como que tú y yo éramos dos hombres. A fin de cuentas, según dicen, los caminos del Señor son insondables o inescrutables. Como los del amor. Quiénes somos nosotros para oponernos a sus designios.

Oye, perdona, le dije. Veo que te gusta la poesía. ¿Has leído a Víctor Marcillán? *Mudo la piel en terrenos baldíos, / cambio las sábanas / y hago la cama / para renacer de nuevo a tu lado,* recitó de memoria.

Caminamos juntos y nos perdimos en las callejuelas de una ciudad condenada a desaparecer en cada verso, en cada latido, en cada mirada, en cada palabra, en cada beso, en cada página, en cada vello extraviado en el lugar más inesperado.